

## *Consideraciones antropológicas sobre la ficción \**

*Luciano Espinosa*  
*Doctor en Filosofía por la Universidad de Salamanca,*  
Departamento de Filosofía, Lógica y Estética  
Facultad de Filosofía, Universidad de Salamanca.  
espinosa@usal.es  
ORCID : 0000-0002-4663-6173

### **Resumen:**

La creación de ficciones es un rasgo fundamental de la condición humana en tanto genera mundos simbólicos que sustentan la vida personal y colectiva. En este artículo propongo una distinción entre la espontánea actividad ficcional del ser humano, la ficción como producto cultural y lo ficticio como uno de sus subconjuntos. Tras una breve genealogía histórica de la promoción de las ficciones en la sociedad actual, analizo tres dimensiones de tales ficciones: la dimensión cerebral, la creación de conceptos y metáforas, y su papel en la formación de la identidad.

**Palabras clave:** ficcional, ficción, ficticio, cerebro, imaginación, cultura

## *Anthropological Considerations on Fiction*

### **Abstract:**

The creation of fictions is a fundamental feature of human condition as it generates symbolic worlds that sustain both personal and collective life. In this article, I suggest a distinction among the spontaneous fictional activity of human being, the fiction as a cultural product, and the fiction itself as one of their subsets. After a brief historical genealogy of the promotion of fictions in the current society, I analyze three dimensions of such fictions: the brain dimension, the creation of concepts and metaphors, and their role in the formation of identity.

**Key words:** fictional, fiction, brain, imagination, culture

---

\* Este artículo forma parte de los resultados de la línea de trabajo sobre antropología del Grupo de Investigación Filosófica USB-USAL, presentada en la sesión del 3 de noviembre de 2021, preparatoria del V Simposio Internacional del GIF.USB-USAL: Ficción, realidad y sujeto. Se ha desarrollado con ayuda del Ministerio de Ciencia e Innovación, proyecto PID2020-113413RB-C32.

## *Considérations anthropologiques sur la fiction*

### **Résumé :**

La création de fictions est une caractéristique fondamentale de la condition humaine dans la mesure où elle génère des mondes symboliques qui soutiennent la vie personnelle et collective. Dans cet article, je propose une distinction entre l'activité fictionnelle spontanée des êtres humains, la fiction en tant que produit culturel et la fiction en tant que l'un de ses sous-ensembles. Après une brève généalogie historique de la promotion des fictions dans la société actuelle, j'analyse trois dimensions de ces fictions : la dimension cérébrale, la création de concepts et de métaphores, et leur rôle dans la formation de l'identité.

**Mots clés :** fiction, fiction, fictionnel, cerveau, imagination, culture.

## *Considerações antropológicas sobre ficção*

### **Resumo:**

A criação de ficções é uma característica fundamental da condição humana na medida em que gera mundos simbólicos que sustentam a vida pessoal e colectiva. Neste artigo proponho uma distinção entre a actividade ficcional espontânea do ser humano, a ficção como produto cultural e a ficção como um dos seus subconjuntos. Após uma breve genealogia histórica da promoção de ficções na sociedade actual, analiso três dimensões de tais ficções: a dimensão cerebral, a criação de conceitos e metáforas, e o seu papel na formação da identidade.

**Palavras-chave:** ficção, fictício, cérebro, imaginação, cultura.

## 1. Planteamiento

El término ficción proviene, como es sabido, del vocablo latino *factio* que significa inventar, dar forma, simular, modelar, esto es, proporcionar una estructura y organizar un conjunto de elementos, siquiera en sentido ideal e hipotético. Así, por ejemplo, *factor* es el artífice, sea un escultor, un autor o un artesano, y *factum* es la mentira; pero también remite a *fringo*, que incluye acepciones como imaginar, suponer, representar, fingir, adiestrar... Lo interesante es que hay un trasfondo de creación, sea para construir algo material o simbólico, o para componer un engaño, pero siempre generando un tipo peculiar de realidad antes inexistente, la cual requiere a su vez alguna clase de articulación. En otras palabras, la ficción implica cierta consistencia e inteligibilidad, lo que la dota de sentido y eficacia, cosa que habitualmente no puede reducirse a simple ilusión o engaño. Es como si lo real, entendido como tangible, empírico y fehaciente, se enriqueciera con una suerte de registro paralelo, casi virtual en un primer momento, pero con entidad propia. La ficción, en fin, tiene múltiples aplicaciones que no sólo ensanchan el mundo, sino que sirven a la libertad creadora<sup>1</sup>.

Conviene hablar de ficción en un primer sentido negativo que, apelando a la tradición (Parménides, por ejemplo), se refiere al *no-ser* en clave objetiva y al error o la mentira (según sea el caso epistémico o ético) en clave subjetiva; pero enseguida debe añadirse un segundo sentido que reconoce su estatuto afirmativo, en tanto que resorte antropológico creador de artefactos culturales fundamentales (creencias, mitos, teorías, etc.) y luego literarios, artísticos, cinematográficos..., llenos de contenidos y por tanto de *ser*. Si algo muestra el pensamiento contemporáneo es el reconocimiento cada vez mayor de la mezcla de ambos planos por razones que luego se examinarán (fisiológicas, conceptuales, sociales, tecnológicas), una vez realizada la crítica moderna al realismo ingenuo y a la teoría epistémica de la adecuación entre intelecto y cosa. La metacrítica posterior a los idealismos llevada a cabo por los enfoques

---

<sup>1</sup> Schaeffer, J. M.: *¿Por qué la ficción?*, (Madrid: Lengua de trapo, 2002).

materialistas del conocimiento y la entronización de la historia como dimensión capital de todos los ámbitos de la existencia facilitará, en un segundo momento, asumir que todo discurso tiene mucho de antropomorfo y bastante de inventado, siempre al hilo del tiempo.

Esta trayectoria conduce a la consideración de las mediaciones orgánicas, materiales y sociales que condicionan la vida humana, siempre situada, lo que a su vez tiñe con otra luz las nociones de verdad, acción y valor, es decir, algunas dimensiones centrales de la existencia. Ya nada puede considerarse material o ideal sin más y dado de una vez por todas, inmutable y ajeno al tráfigo de las circunstancias, sino entreverado y en devenir. Una vez visto el estrechísimo camino de ida y vuelta entre sujeto y objeto, su interdependencia radical, la vieja asepsia descriptiva propia del conocer o la libertad pura de la voluntad no tienen cabida. Y es que el ser humano filtra y organiza desde el principio (por su complejidad cerebral) los estímulos que recibe para construir el mundo percibido, en buena medida inventado, luego nunca es pasivo; a la par que segrega su propia sustancia imaginaria para acceder a lo ajeno, introduciéndola en la cosa misma para comprenderla y asimilarla mediante símbolos. Esta doble actividad creativa, primero inconsciente y luego consciente, responde al hecho de que somos bioculturales de raíz y actuamos siempre en consecuencia (Espinosa, 2007). A la postre, toda conducta teórica y práctica se nutre de un conjunto híbrido de realidades y ficciones, debido a causas que habrá que comentar. Con esto no se afirma que todo contenido sea lo mismo o un totum revolutum arbitrario, sino que las fronteras entre lo llamado real y lo ficticio existen, pero son muy porosas, guste más o menos.

Cabe decir que la imaginación sirve para realizar la sutura interna de lo biocultural, proveyendo una primera plataforma epistémica y práctica. Harari lo ha expresado en una notable síntesis reciente: una vez adquirido el lenguaje, la realidad se desdobra en objetiva e imaginada, de manera que la segunda -objetivada en otro plano y compartida- decide sobre la primera porque los mitos comunes permiten definir aquella y luego movilizar a muchos individuos; así, “el orden imaginado está incrustado en el mundo material”, dada su eficacia

intersubjetiva para crear estructuras, relaciones y acciones de todo tipo<sup>2</sup>. Lo que los humanos imaginan de forma consensuada guía sus deseos y su praxis, dado que responde a “las comunidades imaginadas” (religiosas, ideológicas, etc.) que deciden qué y cómo son las cosas, provocando emociones poderosas: «No hay dioses en el universo, no hay naciones, no hay dinero, ni Derechos Humanos, ni leyes, ni justicia fuera de la imaginación común de los seres humanos»<sup>3</sup>. Desde un punto de vista previo y ajeno a la distinción verdadero-falso, he aquí un elenco de ficciones decisivas, en el sentido de que no están dadas materialmente, sino que son inventadas y naturalizadas, generando otras muchas realidades empíricas que las encarnan (instituciones, etc.).

Para lo que sigue, importa distinguir tres aspectos de la cuestión: la actividad ficcional que es constitutiva de la vida humana, espontánea e inconsciente de entrada; y las ficciones, que son sus productos conscientes de diversa índole, sean creaciones simbólicas consideradas ciertas y contrastables (como las teorías científicas), o las propiamente ficticias, como una obra literaria, teatral, etc. Otro asunto es la llamada posverdad o el fenómeno fake, que, precisamente porque destruye toda distinción, opera con una absoluta voluntad de mentira y suplantación. Y por eso hay que hacerle frente.

## 2. Trazos genealógicos del presente de las ficciones

Los humanos son *fictionadores* por definición, de modo que lo que hace la evolución cultural es diferenciar y regular ese rasgo básico. Son muchas las expresiones históricas del hecho, pero sólo recordaré algunas contemporáneas mediante unos botones de muestra relevantes. En el aspecto literario es célebre la expresión de Vargas Llosa que afirma *la verdad de las mentiras*, es decir, la fuerza y pregnancia existenciales de la ficción narrativa, mostrando que

---

<sup>2</sup> Harari, J. N.: *Sapiens. De animales a dioses*, Barcelona: Debate, 2014): 40, 132, 135ss.

<sup>3</sup> Harari, J. N.: *Sapiens. De animales a dioses*, Barcelona: Debate, 2014): 41, 398.

se pueden ensanchar de modo vicario las vivencias personales a través de las peripecias inventadas, de forma que haya una transfusión de sentido entre literatura y vida<sup>4</sup>. En términos filosóficos, por otro lado, la crítica kantiana no sólo niega el lazo realista antes supuesto entre conciencia y cosa, sino que establece que incluso importantes conceptos -como “fundamento” o “sustancia”- tienen un trasfondo metafórico<sup>5</sup>; lo que después será radicalizado por el *fictionalismo* nietzschiano, o con el saber *como si* basado en la imaginación creadora, según Vaihinger. Los seres humanos se alimentan en gran medida de metáforas, conjeturas y *mentiras útiles* que les ayudan a desenvolverse mejor en una existencia ardua y confusa.

Como aquí prima la vertiente filosófica, debe recordarse también la deriva histórica global que primero pone el énfasis en la razón teórica, luego en la razón práctica y por último en la razón estética, dicho *more kantiano*, de modo que lo sincrónico y arquitectónico de las tres críticas, que son complementarias, pasa a convertirse en cambio diacrónico de enfoques para otras corrientes de pensamiento posteriores, siempre con la intención de afrontar los límites de esas tareas indagatorias y constatar el papel de la imaginación en esos planos: la limitación a lo fenoménico en términos epistémicos (ya no metafísicos) es desbordada por la percepción interna de la libertad en sentido ético (aunque después salte por los aires la severa lectura deontológica del alemán), mientras que la teoría del juicio pasará de intentar mediar entre esas dos esferas a la transformación artística de la realidad sin apenas restricciones (como se ve por ejemplo en el cambio de lo figurativo hacia lo abstracto en pintura). De hecho, lo común a las vanguardias artísticas -y en ello se resume aquella marcha histórica- es el intento de romper con cualesquiera reglas perceptivas, gnoseológicas y morales, amén de las sociales y económicas, de modo que lo real quede subvertido por la pura ficción creadora: allí donde no se aceptan principios o axiomas de ninguna clase, sólo queda inventarlos con mejor o peor fortuna.

El giro mentado hacia la ficción (tomada en sentido amplio) se nutre de circunstancias históricas hartamente complejas (revoluciones políticas y económicas, individualismo, urbanización,

---

<sup>4</sup> Vargas Llosa, M. *La verdad de las mentiras*, (Madrid: Círculo de Lectores, 1990): 17.s.s.

<sup>5</sup> Cf. Kant, I. *Crítica del Juicio*, (Barcelona: Espasa, 2006:) §59.

industria del ocio...), pero lo que ahora importa es la crítica a la metafísica y al afán de sistema, junto a la necesidad de compensar el desarraigo vital que genera el formalismo de la ciencia y el cuestionamiento ejercido por las *filosofías de la sospecha*. Es imposible entrar en detalles, pero cabe condensar esa transmutación en el pensamiento del siglo XX con dos trazos: el peso de ficción inherente al hecho de que el humano siempre usa *símbolos* en cualquier registro (como subrayó Cassirer), entendidos como puentes entre la conciencia y el mundo; y que el pensamiento, una vez desembarazado de lo apriorístico, deviene con frecuencia en algo narrativo, cuando relata lo acaecido (según subraya Ricoeur, entre otros). Van quedando atrás los planteamientos trascendentales e idealistas, pero también los positivimos ligados a una idea de progreso seguro, hasta insertar al sujeto en el mundo y convertir las múltiples interacciones temporales en su eje vertebrador.

En época reciente destaca el énfasis postmoderno en la fragmentación y la pluralidad, la contingencia, el nominalismo, la hibridación, la ironía, el constructivismo, etc., que por otro lado es el caldo de cultivo apropiado para que surja la ficción. A falta de un orden en lo real (onto-lógico y lingüístico) y de un proceso unitario en la historia, los *juegos de lenguaje* y las distintas escalas espaciotemporales se imponen, de manera que cuando el universalismo colapsa y se transita de lo unívoco a lo multívoco, si no equívoco, todo parece desarticularse. Las cosmovisiones formalizadas parecen naufragar y entre esas fracturas emergen ficciones de distinta índole -ahora conscientes de serlo-, que sustituyen a los ídolos caídos (*metarrelatos* y demás modelos homogeneizadores). Lo curioso es que son ellas las que sirven de pegamento y las que tapan tantos agujeros axiológicos, es decir, las que ayudan a dar sentido y combatir la desorientación, como tantas otras veces en la historia. La novedad es que ahora se asume el origen imaginario de casi todo, situando el tema al margen del binomio verdad-falsedad y llevándolo al terreno de la acción.

No se trata de volver a los mitos fundacionales o a las epopeyas que estaban en la base de todas las civilizaciones, sino de tomar conciencia del carácter construido de cualesquiera

visiones. El esquema tradicional de objetos y sujetos estables se ha desmontado por la tarea crítica de la propia razón, que no deja de poner en duda sus propios discursos, a lo que se añaden cambios científicos y tecnológicos de extraordinario alcance cuantitativo y cualitativo. Y todo ello contribuye a la disolución de las viejas nociones de ser y pensar, sea a manos de la llamada *deconstrucción*, el *pensamiento débil*, la exaltación de la diferencia, las muchas formas de relativismo, la técnica expresiva del *collage*, la crisis de todo tipo de representaciones (políticas, epistémicas, estéticas...), etc. Por eso se ha dicho que estamos metidos en un intrincado laberinto sociocultural, a veces caótico, y que lo primero que hay que hacer es asumirlo, si se quiere salir de él<sup>6</sup>. Sería un error despreciar esos aspectos y no sacar las consecuencias oportunas: en un mundo de existencias multívocas, desordenadas y relacionales no cabe apelar a esencias definidas y a un marco de referencia global, sino que debería aclararse socialmente qué se considera real y qué ficticio, esto es, qué estamos dispuestos a aceptar y a utilizar en la convivencia (no sólo en el conocimiento) para seguir adelante. Con lo que el debate se convierte finalmente en algo político...

La ciencia, avalada por sus grandes éxitos, se resiste a esta reformulación ligada a lo temporal y contingente, pues cuenta con *verdades* que se consideran duraderas y no reconoce lo bastante que todo *paradigma* científico es un constructo simbólico y que unos suceden a otros, como señaló Kuhn. A ello se añade la necesidad de desarrollar una Tercera Cultura que al menos relacione ciencias y humanidades en sentido práctico, en aras de la mutua fecundación, pero todo eso constituiría otra materia de reflexión. Lo que sí debe subrayarse ahora es el fenómeno específico de la revolución informática, creadora nada menos que de un mundo desdoblado o *paralelo*: la gran superestructura técnico-simbólica que permite abrir otro ámbito ontológico, donde se pasa de la realidad analógica (ya de suyo material y simbólica, objetiva e imaginaria) a la digital (una especie de realidad de tercer grado, el *cibermundo*). Lo interesante es que esta última creación artificial decide cada vez más sobre el mundo físico, hasta el punto de empezar a sustituirlo, de modo que surge otra esfera que cabría llamar *la ficción de segundo grado propia de lo virtual*, por más formalizada y operativa que sea. Al final, los planos se mezclan sin

---

<sup>6</sup> Cf. Pinillos, J. L. *El corazón del laberinto*, (Madrid: Espasa, 1997).

solución de continuidad...

Estos elementos sociales, técnicos y culturales, además de los propiamente filosóficos, han contribuido al amplio espacio que tiene lo ficcional hoy. El resultado, que antes sólo se reconocía a medias, ha quedado mejor expuesto a la luz mediante esos cambios: «Lo que distingue al pensamiento deconstructivo es sólo una actitud distinta en el ejercicio del juego de los simulacros (...) la producción de simulacros o metáforas, conscientes de ser tales»<sup>7</sup>. El ser humano habita una realidad que integra naturaleza (definida simbólicamente) y artificio, a lo que se añade la digitalización masiva, registros siempre atravesados por la fantasía creadora que introduce lo *posible* en el ámbito de lo *necesario* y expande así su vida. Claro que el procesamiento de lo natural gracias a la invención cultural se modula a lo largo del tiempo, filtrando y sopesando, contrastando y redefiniendo los planos de realidad, para no caer en la arbitrariedad de una potencia desbocada. En resumen, si la capacidad fabuladora es constitutiva del ser humano, lo que debe hacerse es darle una dirección que abandone tanto cualquier aspiración a la infalibilidad como la pura ensoñación delirante.

### 3. Algunas claves antropológicas de lo ficcional

Se trata de ir a los resortes de fondo, yendo así de lo histórico recién mentado a lo antropológico. He puesto en el centro de este estudio a la imaginación, pero para entender bien su función hay que dar tres pasos: fundarla en unas bases neurológicas (la *posición* o base epistémica desde la que se habla), proyectar su sombra en la idea misma de identidad personal y colectiva (la *intención* o fines prácticos primordiales a los que se apunta), pasando en el camino por sus lazos íntimos con la ideación de conceptos gracias al lenguaje (la *concepción* o conjunto de discursos sobre lo real). Aunque no menos decisivo es el hecho subyacente de que la finitud

---

<sup>7</sup> Vattimo, G. *Las aventuras de la diferencia*, (Barcelona: Península, 1986): 136.

del humano queda en alguna medida compensada por esa capacidad inventiva que se traduce en creaciones de toda clase: contar con historias e instrumentos teóricos y prácticos de toda índole le hace escapar en cierto modo de sus límites y crear ámbitos allende lo dado. Alimentarse de los mundos de la cultura es una manera decisiva de enriquecer e intensificar la vida, rebasando sus estrechos márgenes espaciotemporales.

#### A. Posición: el carácter ficcional de la actividad cerebral

La neurología contemporánea se inclina abrumadoramente por considerar que la vida mental depende de la actividad inconsciente del cerebro, cuyos productos son ficticios en grado sumo: el tupido entramado de *imágenes* (percepciones, esquemas, ideas...) busca ante todo sobrevivir y desenvolverse de manera eficiente, en lugar de aprehender la realidad como se supone que es. Otra vez el valor de verdad queda sometido a los impulsos pragmáticos, donde los programas nerviosos y cognitivos del cerebro parecen operar por su cuenta, sin que el sujeto consciente tenga el papel rector que suele atribuírsele. Semejante automatismo en la mayor parte de los contenidos y actos mentales choca con la noción habitual de libertad, pero ése es un tema harto complejo, claro está, en el que no cabe entrar. Lo que se constata es que las presiones evolutivas de la hominización a lo largo de mucho tiempo han inducido en la especie un procesamiento de informaciones ligado a lo ficcional e imaginativo. Hay formas corregidas de conocimiento, por supuesto, pero en principio opera ese dispositivo *por defecto*.

Los neurólogos más célebres (Edelman, Gazzaniga, Changeux, Rubia...) suscriben este planteamiento, bien resumido en la obra de David Eagleman, que tomo como referente. Después se añadirá una breve reflexión sobre las conexiones -también constitutivas- del cerebro con el entorno sociocultural, entre otras cosas para combatir la rigidez de este enfoque un tanto mecánico y evitar la reducción del asunto a la evolución *interna* del cerebro, lo que conduciría al solipsismo. Quiere decirse que no es una máquina cerrada causalmente sobre sí

misma, sino que el intercambio con el exterior resulta decisivo para elaborar sus ficciones mentales, que deben ser funcionales. Eso abre la puerta a la generación de símbolos y conceptos, elaborados sobre esa base imaginaria en gran medida.

La tesis central es que «nuestra percepción del mundo no es sólo una construcción que no representa exactamente el exterior, sino que además tenemos la falsa impresión de una imagen rica y completa cuando de hecho apenas vemos lo que necesitamos saber, y no más»<sup>8</sup>. Es sabido que hay colores, sonidos y tantas otras cosas que el humano no capta y otros animales sí, pero lo significativo es que esa *construcción* se apoya en el engaño de creer que la imagen es completa y satisfactoria, lo que conduce a una antropomorfización que se confunde con el llamado sentido común. La serie de mecanismos sensoriales, motores y mentales (integrados y en permanente retroalimentación, ésta es la clave) ofrecen un “modelo de mundo” que es operativo, pero no fidedigno, donde la consciencia sólo surge cuando es preciso lidiar con desajustes y sorpresas respecto a las expectativas habituales. Hasta el punto de que la vigilia no es sino una forma de sueño “anclado” en las cosas gracias a las percepciones, pero en última instancia no muy distinta de una «alucinación»<sup>9</sup>. Mediante la síntesis de las impresiones, los esquemas perceptivos y de pensamiento, la memoria y el hábito, se producen unas rutinas neurales muy a menudo inconscientes, que se dan por buenas en tanto que parecen acordes con lo previsto. Lo cierto, sin embargo, es que hay mucho de espejismo, por más sólido que parezca.

Que los sentidos *mientan* no es un problema para esa construcción ilusoria, mientras que la mente tape los huecos e imagine todo aquello que permite llevar a cabo una interpretación general que ahorre tiempo y recursos. Por otro lado, la presencia constante de las emociones refuerza ese proceso, así como otros subsistemas cerebrales que compiten (uno inconsciente, rápido e intuitivo; otro consciente y analítico que actúa con menos frecuencia),

---

<sup>8</sup> Eagleman, D. *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*, (Barcelona: Anagrama, 2016): 40.

<sup>9</sup> Cf. Eagleman, D. *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*, (Barcelona: Anagrama, 2016): 59, 64.

según las necesidades y contextos<sup>10</sup>. Pero el caso es que el cerebro apenas registra lo dado con rigor, sino que lo reconstruye o inventa en diversos aspectos y según las circunstancias, actuando a partir de esa armazón sensorial, psíquica y emocional, que es mucho más variable e inconsistente de lo que se cree. Así lo atestiguan también las “asombrosas diferencias” entre personas (p. ej. en las sinestesias) y los cambios producidos a lo largo del tiempo (que es otra ficción más) en un mismo individuo<sup>11</sup>, donde lo que importa es que haya una narración coherente de lo vivido, por incongruentes que sean las cosas entre sí. Y aquí destaca en particular el papel del hemisferio izquierdo, especializado en unificar lo plural e incluso discordante de la experiencia para componer una visión compacta, aparentemente razonable y más o menos lineal<sup>12</sup>. Huelga decir que se trata de una armonización falsa y sobrevenida, en la que la memoria contribuye inventando o modificando los recuerdos.

Se supone que la consciencia es sólo la punta del iceberg de la mente y que las grandes decisiones se toman por debajo de su umbral, tal como ejemplifican las llamadas intuiciones o corazonadas, a las que se concede protagonismo en la neurología actual, mientras que lo que se asume como producto de la voluntad habría sido decidido antes por complejos mecanismos inconscientes. La deliberación queda tan desacreditada como la fantasía de que hay un “yo” a los mandos, hasta desembocar en la tesis de que el ser humano es en lo esencial un conjunto trabado de sistemas y rutinas muy sofisticados, pero que a la postre tiene bastante de «zombi»<sup>13</sup>. No es fácil aceptar este ataque frontal al otrora orgulloso sujeto que decide y resuelve, entre otras cosas porque mina el humanismo cognitivo y moral que ha imperado en Occidente bajo distintos ropajes (con excepciones como las de Hume y Spinoza), pero las ideas políticas que giran en torno al ciudadano, la fe del creyente o la voluntad de poder que anida al fondo de la modernidad tendrían que buscarse un *agente* menos monolítico. Y, por si fuera poco, el dictamen de que hay que conocerse a uno mismo debería tener en cuenta este cuestionamiento del ego en todos los órdenes.

---

<sup>10</sup> Cf. Eagleman, D. *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*, (Barcelona: Anagrama, 2016): 135.s.s.

<sup>11</sup> Cf. Eagleman, D. *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*, (Barcelona: Anagrama, 2016): 69, 102.

<sup>12</sup> Cf. Eagleman, D. *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*, (Barcelona: Anagrama, 2016): 164, 168.

<sup>13</sup> Cf. Eagleman, D. *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*, (Barcelona: Anagrama, 2016): 161.

La conciencia parece un subproducto del entramado neural, cuya emergencia se explica porque coordina a los elementos previos: arbitra los conflictos cognitivos, conjuga tendencias divergentes, hace frente a los imprevistos y adquiere nuevos aprendizajes... Todo muy valioso, pero eso no implica que sostenga el peso de la actividad ordinaria ni que ejerza un gobierno global continuo, sino más bien que sirve “para controlar los sistemas ajenos automatizados”, cediendo el protagonismo habitual al “conjunto de mecanismos que se solapan y reinventan sin cesar, un grupo de facciones que compiten” entre sí y que luego necesitan un relato inventado que los unifique<sup>14</sup>. El resultado de lo dicho es que la noción de sujeto es una ficción y que la personalidad es muy fluctuante, conformado todo por la interacción silenciosa de múltiples aspectos en el plano neurobiológico y de fabulaciones coherentes en el mental, aquí distinguidos sin intención dualista.

Aunque tengo reservas ante esta simplificación de la psique (en lo cualitativo más que en lo cuantitativo), hay que asumir la corrección que la neurología impone a los idealismos y moralismos varios que tanta inflación de capacidades subjetivas predicaron: como demuestran múltiples experimentos, el estudio de patologías fisiológicas y de fenómenos cotidianos, el uso de sustancias, las cirugías cerebrales, etc., la conciencia humana está inmersa en un maremágnum de factores biológicos (genéticos, neurales, endocrinos y hormonales), que incluyen agentes externos como virus o bacterias; y sociales (entornos influyentes, aprendizajes casi conductistas, vivencias contradictorias y/o descontroladas...), que la dirigen bastante más de lo supuesto. Con relación a lo ficcional, queda claro que el complejo cerebro-mente (unitario y diferenciado a la par) inventa buena parte de su imagen del mundo y del sí mismo, tanto en lo físico como en lo *metafísico*, lo perceptivo y lo simbólico, sintetizando a su vez facetas receptoras y activas (procesa y relaciona estímulos, amén de generar relatos e ideas). Las percepciones del interior y del exterior son el resorte espontáneo, no deliberado, que permite integrar aquella diversidad, para luego construir concepciones también ficcionales (basadas en procesos internos desconocidos) que dotan de sentido al conjunto.

---

<sup>14</sup> Cf. Eagleman, D. *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*, (Barcelona: Anagrama, 2016): 171, 180ss.

Sin embargo, hay que añadir una perspectiva complementaria, tal como se anunció: lo consciente retroactúa sobre lo inconsciente, como cualquiera puede comprobar cuando ciertas ideas, recuerdos y emociones le hacen enrojecer o cuando le agarrotan el estómago, pongamos por caso; de modo que hay vínculos estrechos, digamos que de ida y vuelta. Otros ejemplos son más sofisticados, como ocurre en las diversas psicoterapias que anulan síntomas reflejos o en la propia acción orgánica desencadenada por el pensamiento reflexivo, como recalcó Husserl, por citar un nombre. Cabe suponer que en el proceso evolutivo se establecieron esos lazos biunívocos, de manera que lo semántico o simbólico también ha influido en la constitución de los mecanismos cerebrales, más aún allí donde éstos encontraron problemas de inmadurez o de súbito cambio del entorno. En lugar de dejarse encerrar en una suerte de *causalismo neural* que va de abajo hacia arriba y que conduce al determinismo más tosco, podría pensarse mejor en un círculo fecundo que incluya a la consciencia.

Tal es la hipótesis de R. Bartra, quien afirma que existe un *exocerebro* de cuño cultural:

Esta prótesis puede definirse como un sistema simbólico de sustitución que tendría su origen en un conjunto de mecanismos compensatorios que reemplazan a aquellos que se han deteriorado o que sufren deficiencias ante un medio ambiente muy distinto. Mi hipótesis supone que ciertas regiones del cerebro adquieren genéticamente una dependencia neurofisiológica del sistema simbólico de sustitución. Este sistema, obviamente, se transmite por mecanismos sociales y culturales.<sup>15</sup>

La prioridad sigue siendo del cerebro, lo que se añade es una intervención de lo simbólico como refuerzo o compensación, y sólo en ciertos casos, de forma que lo cultural coadyuva al desarrollo de la complejidad neural. Así, algunos aprendizajes estarían situados a

---

<sup>15</sup> Bartra, R. *Antropología del cerebro. Conciencia, cultura y libre albedrío*, (México: FCE, 2014): 20.

medio camino entre una y otra esfera, basados en estímulos-respuestas más elaborados, por lo que cumplirían esa tarea: por ejemplo, el procesamiento de información de los colores, imágenes, movimientos, tonos, etc., parece relacionado con la aparición de señales, signos y símbolos<sup>16</sup>. La plasticidad cerebral sería la base que permite crear conexiones cada vez más sutiles, dentro de un continuo entre lo físico y lo mental, así como entre lo neural y lo cultural.

De hecho, cabe pensar que la cultura, especialmente en sus formas no discursivas de comunicación (baile, ritmo, plástica, juego...), haya servido como etapa intermedia para transitar hacia las formas simbólicas en cuanto tales; lo que también ayudaría a alcanzar una mediación entre el “lenguaje cerebral”, sólo bioquímico y *mudo*, y el “lenguaje mental” de la palabra, propiamente simbólico e inteligible<sup>17</sup>. Es obvio que todo ello ocurre dentro de marcos sociales que estimulan y potencian la capacidad de asociación, además de exigir respuestas cooperativas, de manera que ahí se crean circuitos o “redes neuroculturales” conformadas por sensaciones, recuerdos, emociones y signos cada vez más elaborados y relacionales, que a su vez propician la aparición de la capacidad humana de codificar y clasificar<sup>18</sup>. Luego la cultura también modela al cerebro por medio de pasos graduales (cuyo efecto alcanza la cúspide en el lenguaje), incluido el hecho particular de que los símbolos ficcionales también fecundan al organismo, con lo que se cierra el círculo: ellos surgieron de la complejidad neurológica, al principio de forma ficcional no premeditada e inconsciente, y retornan a ella como ficciones o estímulos de segundo grado más sofisticados que la desarrollan.

#### B. Concepción: el carácter ficticio de conceptos y metáforas

Se trata de pasar a otro registro de lo que hemos llamado ficción, el de la creación

---

<sup>16</sup> Cf. Bartra, R. *Antropología del cerebro. Conciencia, cultura y libre albedrío*, (México: FCE, 2014): 102-104.

<sup>17</sup> Cf. Bartra, R. *Antropología del cerebro. Conciencia, cultura y libre albedrío*, (México: FCE, 2014): 56, 100, 213.

<sup>18</sup> Cf. Bartra, R. *Antropología del cerebro. Conciencia, cultura y libre albedrío*, (México: FCE, 2014): 122, 162, 237.

consciente de esos artefactos mentales que son los conceptos y que cumplen una labor decisiva en la reflexión, en particular en la filosófica. Este vasto campo ha sido abordado desde diversas perspectivas, pero aquí sólo incido en algunas facetas antropológicas, una vez que ya se ha incoado en el apartado anterior su incardinación psicofísica. Hay que seguir una vía diferente a la conocida posición de Nietzsche, según la cual no hay conceptos capaces de aspirar a la verdad, sino sólo metáforas olvidadas que funcionan como mentiras necesarias, para no quedarse en el uso estético de los tropos. Que los conceptos tengan bastante de metafórico, en un sentido lato ya tratado, no los anula para mostrar cómo son las cosas ni los identifica con las creaciones literarias o de otro tipo.

Se ha establecido que el logro de la inteligencia humana propiamente dicha ocurre cuando en el proceso evolutivo de la especie hay una mezcla fluida de inteligencias antes disociadas (general, técnica, lingüística, social y ecológica), rompiendo barreras e integrando capacidades: «La fluidez cognitiva (...) posibilitó el uso de poderosas metáforas y analogías sin las cuales la ciencia no habría existido (...) siendo el rasgo más significativo de la mente humana»<sup>19</sup>. El hito crucial consiste en que esa combinación libre permite establecer relaciones simbólicas directas (conceptos) e indirectas (metáforas) entre objetos, palabras y actividades, permitiendo la transposición de planos y sentidos. El concepto surge al crear vínculos entre cosas en función de sus propiedades comunes, lo que implica algún grado de analogía en ellas, aquí más estrecha y visible; mientras que la metáfora supone dar un salto entre campos de realidad diversos y alejados, de modo que se inventan lazos que podrían llamarse de segundo grado mediante analogías inesperadas y oblicuas que también relacionan, pero a partir de una gran diferencia de partida.

Lo definitorio de la creatividad humana es la capacidad de otorgar un sentido a todo, algo imprescindible para sobrevivir como especie, si bien hay distintas vías y estrategias: por un lado, está el acto de clasificar que busca lo común en cada esfera (una suerte de movimiento

---

<sup>19</sup> Mithen, S. *Arqueología de la mente. Orígenes del arte, la religión y la ciencia*, (Barcelona: Crítica, 1998): 229ss.

mental acotado y hacia dentro de ese ámbito), y por otro la opción de saltar esos compartimentos y hallar vínculos transversales entre lo diferente (movimiento hacia fuera). A lo primero cabe denominarlo la generación de conceptos y a lo segundo de metáforas: ahí hay más precisión relativa en lo que se simboliza, dada la cercanía y el parentesco entre los elementos; y aquí una pirueta de sentido que salva mayor distancia ontológica. En el concepto rige la delimitación de territorios, mientras que la metáfora rebasa esas fronteras mediante fórmulas indirectas de comunicación, lo cual ofrece una visión más amplia de las cosas, pero también más laxa. En una palabra, la diferencia es de grado: establecer relaciones es la clave siempre, sólo que las analogías implican mayor o menor precisión, lo que genera respectivamente conceptos y metáforas. En ambos casos opera la capacidad inventivo-ficcional que nos ocupa, pero con rasgos y alcance variables.

El pensamiento de Cassirer confirma que el humano es *animal simbólico* por definición, en la medida en que siempre interpreta y articula lo recibido (señales físicas) mediante símbolos que les otorgan sentido, pues no es pasivo ni siquiera en la recepción primera de impresiones<sup>20</sup>. Hay una actividad “espiritual” que filtra, modula y da forma a los estímulos ya en el terreno de la percepción, lo que podría encajar con lo neurobiológico y ficcional constitutivo tratado más arriba. En un momento analítico posterior surge otra clase de acción que inventa significados, propia de las formas imaginarias o ficciones en cuanto tales. Es la potencia imaginadora la que decide, pues el significado no está en la cosa: «Por símbolo ha de entenderse aquí toda la energía del espíritu en cuya virtud un contenido espiritual de significado es vinculado a un signo sensible concreto y le es atribuido interiormente»<sup>21</sup>. Hay una transfusión de sentido que va del humano hacia el objeto, recogiendo y unificando ambos momentos (receptivo y activo), lo cual produce contenidos diversos que darán lugar a las grandes formas simbólicas que el pensador alemán distingue: el lenguaje (que es el comodín mediador), el arte, el mito, la religión y la ciencia. Todas ellas hablan de la misma realidad, aunque desde estos diferentes encuadres de la experiencia que el humano aplica, dada su polimorfa condición psicofísica y cultural.

---

<sup>20</sup> Cassirer, E. *Antropología filosófica*, (México: FCE, 1977): 84.

<sup>21</sup> Cassirer, E. *Esencia y efecto del concepto de símbolo*, (México: FCE, 1975): 103.

El símbolo es resultado de una actividad proteica y -haciendo honor a la etimología del término que habla de emparejar- sirve como bisagra entre lo dado y lo creado, lo reflejo y lo pensante, lo externo y lo interno, en la medida en que recoge impresiones, conecta y transfiere significados, luego es finalmente metafórico, pero no caprichoso ni arbitrario. Tiene algo de natural y espontáneo (inmediato), a la par que de artificioso e inventado (mediato), como se viene diciendo desde el principio. Su función estriba en encauzar la experiencia cerebral, consciente e inconsciente, reconfigurándola hacia formas y códigos que permiten *crear mundo*, dicho al modo fenomenológico. Lo que es un magma de sensaciones se transforma así en cierto orden, o, dicho con un conocido antropólogo: la sobrecarga de estímulos se canaliza y *descarga* gracias a las mediaciones sucesivas de la cultura<sup>22</sup>. El punto decisivo es que el símbolo une planos, tanto en el sujeto (sensación-percepción-idea) como respecto al mundo al que se refiere (sentido y significado); y puede hacerlo bajo diferentes registros o formas simbólicas, con sus respectivos lenguajes, así como mediante conceptos o metáforas, a partir de una diferencia de grado y de los tipos de analogías empleados.

Por otro lado, deben considerarse los importantes estudios sobre los lazos entre la computación neural, la actividad del sistema sensorio-motor y la creación de conceptos y metáforas, de manera que una vez más lo neurobiológico y lo semántico parecen converger en un mismo proceso, también a la luz de la ciencia contemporánea<sup>23</sup>. Quiere decirse que los conceptos se construyen con todo el cuerpo, no sólo con el pensamiento abstracto, y que hay un sustrato pre-categorial -tanto orgánico como mental- en la relación con el mundo, que luego cuajará en forma de metáforas que proyectan los parámetros corpóreos a las cosas en general (lo cual es otra vía para referirse al llamado *mundo de la vida*). Tal como indica la teoría de la *cognición encarnada*, la relación corporal con el medio y la manera en que así se procesa toda suerte de experiencias es lo que permite situarse y construir percepciones, conceptos y

---

<sup>22</sup> Gehlen, A. *El hombre*, (Salamanca: Sígueme, 1980): 70ss.

<sup>23</sup> Cf. Feldman, J.: *From Molecule to Metaphor: A Neural Theory of Language*, (MIT Press, 2006); Lakoff, G.: "Neural Theory of Metaphor", *The Cambridge Handbook of Metaphor and Thought*, Gibbs Jr., R. W. (Ed.), (Cambridge University Press, 2008).

metáforas<sup>24</sup>. He aquí un claro vínculo con lo dicho en el apartado anterior sobre las actividades secretas del cerebro, pero subrayando ahora el componente semántico frente al puramente perceptivo u operativo: el significado surge de la síntesis de aspectos cerebrales, corporales y relativos al entorno, es decir, de las *enacciones* o interacciones<sup>25</sup>. Éstas se basan en los denominados esquemas de imágenes (*image schema*), que representan estructuras encarnadas de significado directamente ligadas al cuerpo (p. ej. centro-periferia, arriba-abajo, delante-detrás, adentro-afuera, etc.), mediante las cuales se articula luego el lenguaje ordinario y las pautas de comprensión del mundo. Podría concluirse que el *psicocuerpo* es algo unitario y puesto siempre en situación, orientado gracias a esos ejes vertebradores de la experiencia, primero orgánica y enseguida lingüística. Claro que el camino es de ida y vuelta, por lo que debe añadirse que metáforas y conceptos también modelan las percepciones, una vez se han interiorizado, según la dinámica de retroalimentación constante que corresponde a un ser biocultural.

Es obvio que el lenguaje es el paradigma y el vehículo universal en la transmisión de significados, pero cabe plantear la hipótesis de que el carácter simbólico sea anterior a él en otro aspecto: no sólo porque arraiga en la actividad cerebral inconsciente y en la comunicación no discursiva con lo exterior, según se expuso, sino porque la forma simbólica (imágenes e intuiciones que prepararían el mito y el rito posteriores) podría expresar necesidades profundas y proyecciones básicas de la vida humana. Mircea Eliade indica que lo sagrado es una estructura última de la conciencia y que el pensar simbólico «es consustancial al ser humano: precede al lenguaje y a la razón discursiva. El símbolo revela ciertos aspectos de la realidad -los más profundos- que se niegan a cualquier otro medio de conocimiento»<sup>26</sup>. Este marbete religioso (que no doctrinal) del núcleo antropológico que es la simbolización apunta a que hay una intuición con hondas raíces en la búsqueda de sentido y que éstas tal vez sean pre y/o meta-lógicas, por decirlo así, anteriores y posteriores al discurso. La intuición simbólica, en fin, sería el comienzo en la conciencia de todo lo demás. De nuevo hay que recurrir a la

---

<sup>24</sup> Cf. Johnson, M.: *The Meaning of the Body: Aesthetics of Human Understanding*, (University of Chicago Press, 2007): 117.

<sup>25</sup> Johnson, M.: *The Meaning of the Body: Aesthetics of Human Understanding*, (University of Chicago Press, 2007): 155.

<sup>26</sup> Eliade, M. *Imágenes y símbolos*, (Madrid: Taurus, 1955): 12.

circularidad o complementariedad de aspectos y momentos, mezcla de aprehensión e invención, donde la meta definitiva es poder habitar lo real.

Al hablar del cerebro se acentuó el peso de los mecanismos inconscientes y automáticos del procesamiento de información, y ahora se dice que puede haber una comprensión simbólica consciente, pero pre-racional y no lingüística, en tanto que intuiciones de sentido. Y ahora toca añadir un tercer ámbito, el de la conexión entre la imaginación creadora de metáforas y el raciocinio creador de conceptos. Ortega y Gasset afirma algo muy revelador sobre este punto: «Todo pensar es fantasía, y la historia universal es el intento de domar la fantasía, sucesivamente en diversas formas»<sup>27</sup>. Hay que cribar y ordenar lo fantaseado, de modo que la reflexión embride el proceso imaginador -se encauce a sí misma, en definitiva-, precisamente para darle el mejor curso posible. Y gracias a esta manera de proceder a lo largo del tiempo, la humanidad ha concebido no sólo creencias y mitos, sino también ideas, teorías y discursos racionalizados aplicables a otras esferas. Así pues, pensar es en última instancia imaginar respuestas ajustadas a la circunstancia vital y, como se verá pronto, elegir entre las mejores de acuerdo con los deseos y necesidades fundamentales del ser humano, lo que a su vez hará posible la transformación del entorno mediante la acción: tal es la densa carga de la alianza entre fantasía y concepto cuando pasa a la praxis.

Por ahora baste añadir que la hibridación e incluso la igualdad de concepto y metáfora ha sido aceptada en el pensamiento posterior cada vez con menos reservas. Los nombres señeros de H. Arendt, P. Ricoeur, J. Derrida y H. Blumemberg son bien conocidos y no requieren mayor comentario, que además nos desviaría del propósito antropológico. Lo esencial es apreciar que el lenguaje natural es ya una gran metáfora -en primer grado, por su carácter convencional- de la realidad y que el lenguaje filosófico metáfora disciplinar -en segundo grado- creado a partir del anterior, atravesados ambos por una gran red de analogías cristalizadas en términos cuya semántica va más allá de la pura logicidad y que requiere también

---

<sup>27</sup> Ortega y Gasset, J. *Obras completas*, vol. IX (Madrid: Alianza-Revista de Occidente, 1983): 623.

el uso de tropos o metáforas particulares, de tercer grado. Podría decirse que el impulso ficcional constituye, atraviesa y se expresa de forma diferente en los tres registros. Por lo demás, es sabido que unas cuantas metáforas -que sirven de comodines culturales para diversos ámbitos- jalonan la historia del pensamiento, ofreciendo siempre renovadas lecturas: el mar, el camino, el libro, la luz, el viaje, el teatro, el naufragio...<sup>28</sup>. Semejante desbordamiento del sentido permite decir -en analogía con las dimensiones canónicas del lenguaje- que no hay estructura intelectual (sintaxis) que pueda apresar y codificar las transferencias posibles de significados (semántica), a su vez inmersas en contextos históricos (pragmática) que demandan el uso de tropos adecuados.

En conclusión, el ser humano vincula percepciones y experiencias de toda índole gracias a la imaginación, lo que permite construir hipotéticas identidades subjetivas y objetivas, hasta formar un mundo simbólico global y compartido, de raíz metafórica, mediado lingüísticamente y referido a seres, cosas, ideas, emociones, normas, proyectos, etc. La cultura en general parece vertebrarse según el eje intensional, no extensional o secuencial, de percepción-analogía-símbolo (metáfora/concepto)-ficción. En el bien entendido de que esta última es tomada en sentido amplio y que tiene diferentes tipos y cualidades, para cuyo boceto se proponen algunas vías de demarcación: si se refiere a la percepción y designación de seres físicos o ideales; dentro de estos segundos, se distingue entre los intentos descriptivos y explicativos (teorías científicas, etc.), con sus formas propias de experimentación y contraste, y los puramente inventivos (novelas, cuadros o poemas, por ejemplo); y una tercera variante recoge la *ficcionalidad* consensuada de las instituciones sociales, con sus normas y fines (en ética, política, etc.), que tienen algo de físico (administrativo) e ideal a la par. Luego se trata de distintos tipos de ficciones, no equiparables en sus contenidos, instrumentos ni intenciones, aunque la raíz ficcional creativa sea común y todas resulten naturalizadas en diversa medida.

---

<sup>28</sup> Cf. Redondo, P. y Salgado, S.: *La isla de la verdad y otras metáforas filosóficas*, (Santander: El desvelo, 2017).

### C. Intención: la construcción ficcional de la identidad

Es hora de ver dónde desembocan los mecanismos neurológicos y la invención de metáforas y conceptos, entendidas ambas cosas como dimensiones de la imaginación creadora. Ya consta que el cerebro genera imágenes y relatos que dan coherencia a sus percepciones y actividades, lo cual adquiere un grado de elaboración mayor mediante la ideación de segundo grado propia de los símbolos, tal como se acaba de exponer. Pues bien, lo que importa aquí es ver cómo esas dos vías ficcionales (que no ficticias, aunque construyan ficciones) permiten crear identidades personales y colectivas a lo largo del tiempo. Y es que lo imaginario se convierte así en real...

Ortega y Gasset se refiere a ello -y recapitula implícitamente gran parte de lo dicho hasta ahora- cuando afirma que la entraña humana es ante todo deseo y vitalidad que necesitan expresarse: «Todo fenómeno expresivo implica, pues, una trasposición; es decir una metáfora esencial», de manera que “toda carne expresa un verbo, un sentido. Porque la carne es expresión, es símbolo patente de una realidad latente»<sup>29</sup>. He aquí la extroversión antropológica radical, la proyección hacia fuera -que se define como metafórica- de un organismo dotado de una fuerza constructora y que sólo puede cumplirse mediante la imaginación que concibe los medios teóricos y prácticos necesarios para hacerlo. Ello obedece también, además de a ese impulso, a las carencias y al carácter menesteroso del animal humano, débil en términos orgánicos, que le obligan a crear lo que le falta para sobrevivir. He aquí aludidos los aspectos neurobiológicos del primer apartado sobre lo ficcional, al que sigue el aspecto simbólico del segundo, pues el humano debe conciliar deseo y necesidad mediante un proceso inventivo: «Y precisamente a esa vida inventada, inventada como se inventa una novela o una obra de teatro, es a lo que el hombre llama vida humana, bienestar (...) La vida humana ¿sería entonces en su dimensión específica una obra de imaginación?»<sup>30</sup> (Ortega, 1983, V: *Meditación de la técnica*,

---

<sup>29</sup> Ortega y Gasset, J. *Obras completas*, vol. IV (Madrid: Alianza-Revista de Occidente, 1983): 573ss.

<sup>30</sup> Ortega y Gasset, J. *Obras completas*, vol. II (Madrid: Alianza-Revista de Occidente, 1983): 334ss.

334s). Somos hijos de la ficcionalidad y en buena medida seres imaginarios, en cuanto que -a diferencia del animal pertrechado de instintos- ideamos un proyecto antes inexistente, primero simbólico y luego materializado en los variados registros de la cultura.

Puede decirse que al inventar su vida el humano se convierte en autor y a la vez en ficción de sí mismo, luego no es únicamente el novelista sino también la novela: se escribe sobre la propia piel, si vale la licencia poética. Lo biológico y lo mental están unidos, al igual que en otro orden las etapas de la existencia que al fin será narrada. La tarea consiste en crear fabulaciones que se adecuen a esos planos y a cada momento vital, para después actuar en consecuencia. Y así surge la cuestión de la libertad, dada la obligación de elegir entre los productos de una “fantasía tan rica” que desborda a través de sus «locas visiones imaginarias»<sup>31</sup>. Ya se dijo que el pensamiento filtra a la imaginación, y lo que ahora se añade es la tarea perentoria de elegir y actuar. La ética nace con la selección de los productos de la fantasía (que incluyen normas y valores, así como cierta anticipación de consecuencias) y su aplicación a la conducta. Obviamente, también la política nace de comportamientos selectivos y pragmáticos a nivel grupal. En resumen, hay un impulso creador y expresivo que responde a las necesidades de la especie, y que se traspone al mundo gracias a un catálogo de opciones imaginativas que son objeto de selección.

El resultado del proceso, o sea, la novela de la vida, tanto particular como colectiva, tiene un carácter histórico y por tanto narrativo: hay que contar lo que va aconteciendo y entrever la discontinuidad no menos que los nexos, pues de esa manera quebrada se construye la existencia y la historia. Sin embargo, suele enfatizarse aquello que otorga coherencia y estabilidad, es decir, cuanto parece perdurar y dar consistencia al devenir, de modo que ahí pueda hallarse el ansiado sentido. Ni que decir tiene que la memoria (individual y general) también resulta muy selectiva, lo que contribuye al carácter de ficción del conjunto, pues los experimentos psicológicos muestran que la mayor parte de los recuerdos es reconstruida e

---

<sup>31</sup> Ortega y Gasset, J. *Obras completas*, vol. V (Madrid: Alianza-Revista de Occidente, 1983): 623.

inventada<sup>32</sup>. Por otro lado, las narraciones grupales responden a procedimientos de conservación (apego a lo tradicional), pero también hay innovaciones parciales, lo que arroja una mezcla de mitos, lugares comunes, heterodoxias y ciencia... en una síntesis cultural bastante más difícil de desentrañar de lo que parece, incluso en las sociedades más seculares y sedicentemente *avanzadas*.

Cuando tales relatos se transmiten en el tiempo a gran escala, cabe hablar de lo que se ha llamado la “institución imaginaria de la sociedad”, que estriba en el hecho de que los seres humanos unen *ser e interpretación* desde la base y en todo momento, lo que a la larga genera nada menos que el significado del “mundo real” para una civilización<sup>33</sup>. Como consta desde el comienzo, nada queda al margen del procesamiento simbólico y así todo se inviste de sentido para el hombre, lo que a su vez obedece al resorte antropológico ficcional. La *naturaleza* es interpretada y definida culturalmente, en conexión con la idea más autorreferente de *mundo*, donde lo dado y lo inventado se entrecruzan sin principio ni fin, a la par que esa fusión inextricable de lo natural y lo artificial se decanta lentamente en el tiempo: es el proceso acumulativo por parte de las sociedades de lo que se considera el todo y las partes, de cuáles son los orígenes, límites y estructura de las cosas, a lo que a menudo añaden la teleología e incluso un propósito general. Huelga decir a estas alturas que tales *cosmovisiones* tienen mucho no sólo de ficcional producción de ficciones, sino también de marco general donde abunda lo ficticio...

Desde el punto de vista de los sujetos particulares, ese entramado fáctico e ideal de la cultura es transmitido a cada uno de sus miembros durante la maduración: inmersos en el *mundo de la vida* (que nutre aspectos cognitivos, emocionales, éticos y políticos...), es fácil asumir que la subjetividad se configura narrativamente. Por un lado, la mente es muy receptiva a las historias y los relatos de cualquier índole, mezclando juego y aprendizaje, a la par que se viven experiencias ajenas de modo vicario y se moldean las emociones, como muestra la

---

<sup>32</sup> Cf. Kahneman, D.: *Pensar rápido, pensar despacio*, (Barcelona: Debolsillo, 2021): 494-507.

<sup>33</sup> Cf. Castoriadis, C. *Post-scriptum sur l'insignifiance. Entretiens avec Daniel Mermet*, (Editions de l'Aube, 1998): 115, 181.

psicología evolutiva; y, por otro lado, está sometida a la influencia constante de aquel bagaje de carácter general. De ahí que se pueda afirmar sin temor que hay una “construcción narrativa de la realidad” (Bruner, 1997: cap. 7), fundada en una disposición psíquica de los humanos proclive al orden narrativo propio del proceso de socialización, conformando a su vez el sólido fondo antropológico de la construcción de la identidad personal. Las grandes legitimaciones, discursos y consuelos llegan para todos por ese camino, aunque nunca sean suficientes para resolver las desgracias, incertidumbres y azares de la existencia.

Se habla de narraciones globales y relatos concretos de diverso signo (institucionales, biográficos, literarios, etc.), en la medida en que son conjuntos simbólicos coherentes que articulan ficciones en el tiempo y el espacio, aportando conexiones mediante secuencias fáciles de seguir..., todo lo cual redundando finalmente en la creación de sentido. Este *encadenamiento* de ficciones ayuda a gestionar la vida, unas veces simplificando los vericuetos de la existencia y otras enriqueciendo el equipaje personal y colectivo con experiencias ajenas o distantes, pero siempre decide la alianza de la intuición *pretética*, la razón discursiva y la imaginación inventora (Espinosa, 2010: 120). De nuevo se ve que esa hibridación de instancias y registros permite sumar fuerzas para que haya un mejor entendimiento y la consiguiente orientación ante la prolijidad de las cosas. Conviene repetir que ello no supone adoptar una radical posición constructivista ni que cualquier clase de simbolización valga lo mismo, o que sea aplicable a todo y en el mismo modo, sino que son vías -convergentes y divergentes- para delimitar e interpretar eso inabarcable que llamamos realidad.

Hecha esta advertencia, vale hablar de una conciencia general y difusa que suele denominarse *imaginario colectivo*, tanto consciente como inconsciente. La idea provisoria es que los seres humanos determinan mediante una complejísima red de símbolos<sup>34</sup> qué es real y qué no, a condición de anclarla en la experiencia tanto objetiva como subjetivamente (lo aquí nombrado como ficcional y narrativo). La condición antropológica que se ha descrito niega

---

<sup>34</sup> Cf. Geertz, C.: *La interpretación de las culturas*, (Barcelona: Gedisa, 1990 (4ª reimp.)): parte I y II.

que sea algo arbitrario o carezca de apoyatura empírica, lo que afirma es que habitamos un continuo de sentido forjado en el reconocimiento y la transformación de lo real, que incluye lo dado y lo creado por el ser humano, sea mediante la percepción directa o con instrumentos, y traspasado todo por la invención de significados. Suele considerarse que la noción de medioambiente integra naturaleza y mundo humano; pues bien, de forma análoga, puede decirse que lo real aúna también lo físico y lo imaginario, lo simbólico y lo tecnológico, dimensiones unidas desde siempre en un mismo *ambiente* antropológico.

Sin embargo, uno de los rasgos del presente es que se intensifica mucho la transferencia de lo material a lo informacional, sobre todo en formas digitales, lo que facilita la aparición de ficciones virtuales a gran escala *encarnadas* en esta suerte de realidad desdoblada, gracias a unas tecnologías que son a la par la infra y la superestructura del mundo actual. Todo gira de manera creciente en torno a esos *códigos* que permiten una interacción cada vez más estrecha e integrada en su esfera entre el humano, la máquina y el mundo. Baste pensar en el proyecto actual de construir un gigantesco *metaverso* digitalizado, donde los humanos puedan vivir gran parte del tiempo y realizar muchas de sus actividades (trabajo, ocio, transacciones...), pues ahí lo inédito es que sería un entorno permanente y estable, cada vez más ampliado y a una escala mucho mayor que las redes conocidas. Se trataría de un mundo completo en sí mismo, con sus propias reglas de funcionamiento, aunque capaz de actuar sobre el resto de los planos no digitales ¿Cómo deslindar entonces realidad y ficción? ¿Conseguirá este puro constructivismo tecnológico absorber otros ámbitos de realidad? ¿Qué nuevo reparto del poder supone?

## Conclusiones

Gracias a la distinción efectuada entre lo ficcional, la ficción y lo ficticio se pueden plantear ciertos aspectos cruciales de la condición humana: es ficcional porque inventa significados neurobiológica e inconscientemente al principio; y luego porque crea muy variados

conjuntos simbólicos conscientes (ficciones) a lo largo de la historia, de los cuales algunos tienen la pretensión de lograr una explicación operativa y utilitaria; mientras que otros sólo responden a su propia fabulación (son ficticios), sin necesitar el contraste efectivo con lo que es exterior a ella misma. Son clases de realidad diferentes: en la primera hay un ser psicofísico que crea para sobrevivir y situarse entre las cosas, aunque a menudo se engañe en sus percepciones y recuerdos; la segunda está constituida por los productos culturales de su actividad imaginativa, parte de los cuales tienen valor de verdad porque dan cuenta más o menos fidedigna de ciertas dimensiones materiales e ideales (hay verdad *en* la ficción); y la tercera clase es autorreferencial y aspira a la verdad *de* la ficción en cuanto ficticia, aunque tome como referente a las anteriores.

Se dijo al inicio que el *no ser* se convertía en *ser*, dado que esas creaciones adquieren carta de naturaleza para el humano, pero también cabe recorrer el camino inverso, pues es el ser que se expresa a través del no ser: la condición inacabada del humano requiere que segregue sus propios contenidos simbólicos, es decir, que se dote de un ser imaginario que se convierta en identidad real para él. La capacidad de transposición metafórica se aplica entonces a sí mismo, como decía Ortega, y a todo lo demás: lograr la autoexpresión ficcional en el mundo, transferir significados entre campos de realidad y sentido mediante ficciones variadas, y por último inventar campos ficticios autónomos. Sí, el ser y lo real se dicen de diferentes modos, y esa multivocidad tiene a la imaginación como nexo transversal, que opera con diversos registros y reglas en cada caso. Todo ello hace que el universo físico se transforme en un *pluriverso* de símbolos y quizá en un *metaverso* tecnológico, añadiendo otra dimensión más al conjunto. Naturalmente, la vida humana participa de todos esos planos, compuesta como está de carne y relatos, analogías y artefactos, fantasía y relaciones materiales...

La cuestión de cómo distinguir y conjuntar todos esos aspectos no tiene fácil respuesta, como tampoco la tiene la de matizar de manera inequívoca qué es real e irreal, o la de diferenciar ficción, engaño y mentira; o, en su caso, qué es verdad y qué no. Pero debe

intentarse al hilo de los contextos y de los procedimientos oportunos, de modo que no se permita pasar *en falso* de la creatividad teórica a la manipulación práctica. Hay que decidir colectivamente qué se hace con las ficciones así entendidas, cuáles son aceptables o no, y qué otras nuevas deberían inventarse para afrontar los desafíos del presente, lo que incluye el gobierno democrático de las cuestiones ligadas a la tecnología de la información. Pero también me refiero a la importancia de crear o siquiera renovar ficciones que sirvan para la movilización social en pos de la emancipación y la justicia: la imaginación ensancha el mundo y no se resigna ante lo parece inmutable, pues hacen falta alternativas a lo vigente, sin que ello suponga hacer una enmienda a la totalidad o caer en la utopía. Y es que poner la imaginación al servicio de la verdad y la libertad nunca ha sido tarea sencilla...

Referencias bibliográficas.

- Bartra, R. *Antropología del cerebro. Conciencia, cultura y libre albedrío*, (México: FCE, 2014).
- Bruner, J. *La educación, puerta de la cultura*, (Madrid: Visor, 1997).
- Cassirer, E. *Esencia y efecto del concepto de símbolo*, (México: FCE, 1975).
- Cassirer, E. *Antropología filosófica*, (México: FCE, 1977).
- Castoriadis, C. *Post-scriptum sur l'insignifiance. Entretiens avec Daniel Mermet*, (Editions de l'Aube, 1998).
- Eagleman, D. *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*, (Barcelona: Anagrama, 2016).
- Eliade, M.: *Imágenes y símbolos*, (Madrid: Taurus, 1955).
- Espinosa Rubio, L. "La naturaleza biocultural del ser humano. El *centauro ontológico*". En Coca, J.R. *Varia biológica. Filosofía, Ciencia y Tecnología*, Col. Contextos n° 17: Universidad de León, (2007): 129-162.
- Espinosa Rubio, L. "Vida y narración: entre la literatura y la filosofía", *Isegoría* 42 (2010/1): 105-128.
- Feldman, J. *From Molecule to Metaphor: A Neural Theory of Language*, (MIT Press, 2006).
- Gehlen, A. *El hombre*, (Salamanca: Sígueme, 1980).
- Geertz, C. *La interpretación de las culturas*, (Barcelona: Gedisa, 1990): (4ª reimp.).
- Harari, J. N. *Sapiens. De animales a dioses*, (Barcelona: Debate, 2014).
- Johnson, M. *The Meaning of the Body: Aesthetics of Human Understanding*, (Chicago: University of Chicago Press, 2007).
- Kahneman, D. *Pensar rápido, pensar despacio*, (Barcelona: Debolsillo, 2021).
- Lakoff, G. "Neural Theory of Metaphor", *The Cambridge Handbook of Metaphor and Thought*, Gibbs Jr., R. W. (Ed.), (Cambridge University Press, 2008).
- Mithen, S. *Arqueología de la mente. Orígenes del arte, la religión y la ciencia*, (Barcelona: Crítica, 1998).
- Redondo, P. y Salgado, S. *La isla de la verdad y otras metáforas filosóficas*, (Santander: El desvelo, 2017).
- Ortega y Gasset, J. *Obras Completas*, (Madrid: Alianza-Revista de Occidente, 1983).
- Pinillos, J. L. *El corazón del laberinto*, (Madrid: Espasa, 1997).
- Schaeffer, J. M. *¿Por qué la ficción?*, (Madrid: Lengua de trapo, 2002).
- Vargas Llosa, M. *La verdad de las mentiras*, (Barcelona: Círculo de Lectores, 1990).

Vattimo, G. *Las aventuras de la diferencia*, (Barcelona: Península,1986).